

## ***Reflexiones sobre identidad nacional en tiempos de Globalización y Particularización. Hipótesis sobre el caso venezolano\****

*Horacio Biord Castillo\*\**

### ***Resumen***

Este trabajo constituye un ensayo sobre la identidad nacional en un contexto mundial de Globalización. El autor discute tres puntos principales para el caso venezolano: 1º) la construcción y evolución de la ideología de identidad nacional; 2º) las consecuencias de asumir una identidad nacional basada en el culto a héroes republicanos; y 3º) la emergencia de identidades particulares (como identidades étnicas, regionales y locales). Un punto de vista colateral es el intento de asimilar la identidad nacional y la cultura venezolanas con la identidad y la cultura de los llanos venezolanos. Sus formas de vida se asumen como el típico modo de vida venezolano. Finalmente, el autor presenta algunas características de las identidades étnicas para explicar la versatilidad de la llamada “identidad nacional”.

### ***Palabras claves***

Identidad nacional, imaginarios de la identidad, llanerización, mestizaje, Venezuela.

### ***Abstract***

This paper constitutes an essay on national identity in a Globalization world context. The author discusses three main aspects for the Venezuelan case: 1º) the construction and evolution of national identity ideology; 2º) the consequences of assuming a national identity based on the worship to Republican heroes;

\* Culminado: 06/2014. Aprobado para su publicación: 11/01/2014.

\*\* Horacio Biord Castillo. Licenciado en Letras. Magíster en Historia. Doctor en Historia. Investigador Asociado Titular en el Centro de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC). Profesor Asociado de pre y postgrado en la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Academia de la Historia del Estado Miranda.

and 3º) the emergence of particular identities (such as those of ethnic, regional and local identities). A collateral point of view is the attempt to assimilate the Venezuelan national identity and culture with that of the Venezuelan Llanos. Their ways of life are assumed as typical form of Venezuelan lifestyle. Finally, the author presents some characteristics of ethnic identities to explain the versatility of the so-called “national identity”.

**Key words**

Identity imaginaries, Llano identity and culture, miscegenation, national identity, Venezuela.

**Introducción**

El tema de las identidades nacionales parecería algo resuelto y superado en tiempos de Globalización: resuelto porque ha quedado claro que la identidad nacional como parte o expresión de lo “nacional” es una construcción o una imaginación y, por tanto, ha sido impuesta históricamente como una ideología; y superado porque con la Globalización parecería si no anacrónico, exactamente, al menos poco atractivo y pasado de moda hacerlo, ya que se habla de otras identidades que van más allá del ámbito “nacional”, como serían, precisamente, las identidades globales y aquellas compartidas. Este trabajo intenta revisar el concepto de “identidad nacional” en diversos contextos o perspectivas: su uso como legitimación de la idea de nación en el modelo del estado nacional latinoamericano, su pertinencia en un mundo caracterizado por la Particularización como opuesto estructural de la Globalización, y los retos que para este último proceso, en tanto que mundialización y universalización,<sup>1</sup> implica la identidad nacional. Todas estas discusiones se hacen con especial referencia a Venezuela y a América Latina, tratando de mostrar que el asunto de la identidad nacional es una formulación no solo incompleta e inconclusa, sino generalmente impuesta y manipulada. Incluso ahora podría resultar dicotómica, al ser simultáneamente afirmada y negada en discursos contrapuestos, que sería no solo aventurado sino inapropiado calificarlos como posiciones genéricas de “derecha” y de “izquierda”. En todo

caso, el discurso de afirmación tiende a reificar la identidad nacional como un elemento esencial y consustancial de la nacionalidad. Al ser asumido de esta forma, no admitiría ni discusiones ni revisiones críticas o estas serían muy difíciles de plantear, especialmente si el discurso de afirmación llega a constituirse como un discurso de Estado. En cambio, el discurso de negación si no rechaza en términos absolutos la idea de la identidad nacional, si la tiende a concebir como un elemento contrapuesto y excluyente de una identidad global, falsamente universal, y supuestamente “moderna”. De manera paradójica, estas actitudes, un tanto iconoclastas, sobre la identidad nacional parecen darle una pertinencia y una actualidad a su discusión.

### ***1. Orígenes y símbolos de la identidad nacional***

Al momento de la independencia de la mayor parte de los países hispanoamericanos, en las tres primeras décadas del siglo XIX coexistirían, al menos, tres tipos de identidades:

- Geográficas:
  - locales (caraqueños)
  - provinciales o distritales (venezolanos)
  - pan-provincial o continental (americanos)
- Étnicas:
  - blancos criollos
  - mestizos (o “pardos”)
  - indios
  - negros
- De casta o de clase incipiente:
  - blancos propietarios
  - blancos pobres
  - pardos
  - esclavizados
  - otros grupos (probablemente unificados con los pardos, como indios urbanos y negros libres).

Estas identidades constituirían un complejo de matrices multilineales y dinámicas que se fueron mezclando progresivamente. Sobre ellas se intentó montar la ideología nacional y su imaginario.

La ideología de la identidad nacional es, pues, una construcción sociohistórica de gran complejidad que conviene simplificar un poco para comprender mejor. De esta forma se evita el perderse en excesivos datos que pudieran parecer caóticos e inconexos y solo susceptibles de ser analizados mediante un abordaje igualmente demasiado profuso o erudito. Con la intención de simplificar las consideraciones sobre la identidad nacional dividiremos su formulación en tres fases (primaria, secundaria y terciaria) que corresponden a épocas distintas.

De hecho, podríamos delimitar estas fases de la siguiente manera:

Tabla N° 1. Fases de formulación de la identidad nacional

Fases	Duración	Subfases	Duración
Primaria	1830-1883		
Secundaria	1883-1983	inicial	1883-1948
		tardía	1883-1948
Terciaria	1983- ...	inicial	1983-2000
		actual	2000-....

### **1.1. Fase primera y primaria**

La primaria corresponde también a la primera formulación y está fuertemente influida por el proceso de fundación del estado nacional venezolano y la visión heroica y heroizante de la independencia como momento inicial de la patria y la figura de los así llamados “ilustres próceres”, percibidos como encarnaciones perfectas –generalmente masculinas<sup>2</sup>– de los ideales patrióticos.

La fase secundaria corresponde a las reelaboraciones progresivas de esa identidad primera y primaria. La tercera fase, en cuyo desarrollo estaríamos en la actualidad, puede describirse como el desmontaje, precisión, y superación, si no negación, de las formulaciones primarias y secundarias que, sin embargo, aún perviven e incluso coexisten, generando con frecuencia, tendencias contradictorias.

El imaginario social de la identidad nacional es quizá uno de los aspectos no menos estudiados pero sí menos abordados de manera integral. Por ello, en mi opinión, carecemos de síntesis que nos ayuden a formular explicaciones convincentes de cómo lo que colectivamente se supone que es la concreción —si se quiere empírica o palpable— de la identidad nacional. Esto dificulta aceptar en los razonamientos conscientes o en la vida cotidiana, realidades de tipo simbólico o inconsciente que, sin embargo, influyen poderosamente tanto en la vida social como en nuestras actuaciones personales y colectivas. Aunque puede entenderse como una tarea titánica y, por supuesto porque así lo es, no el trabajo de una sola persona sino de equipos multi y transdisciplinarios de investigación, urge reconstruir el imaginario social de la identidad nacional.

La fase primera y primaria de construcción de la ideología de la identidad nacional coincide no solo con los primeros años de la vida independiente, sino con algunas tendencias historiográficas tan acertadamente descritas por Germán Carrera Damas (1961), como la excesiva atención prestada a la época de la Independencia, a la historia política y militar y, sobre todo, el desorbitado culto al héroe. Esto último coincide, además, con la idea de la fuente privilegiada, especie de *auctoritas* que conoce y describe de manera unívoca, infalible e irrefutable, la única versión posible de la historia, la historia oficial, o historia recordada como la llamaría Bernard Lewis (1984). En la fase primaria se profundiza la visión romántica o leyenda dorada de la Independencia, se consolida la versión patriota del conflicto en exclusión de la visión realista, aún en criollos, como bien lo ha

señalado, por ejemplo, Graciela Soriano de García Pelayo (1988), y de los profundos dilemas de la clase terrateniente criolla como de manera tan atinada muestra Inés Quintero en su libro *María Antonia Bolívar. La criolla principal*. Un buen ejemplo de esta fase es el *Resumen de la historia de Venezuela* de Rafael María Baralt y Ramón Díaz (1975) que consolida la visión heroica de la Independencia y de sus artífices.

En la fase primera y primaria se sientan las bases de la idea nacional, recreando, mediante su unificación, las identidades preexistentes:

- Las geográficas, especialmente las regionales, en la identidad venezolana (entendida como *república* o país y no ya como *provincia*);
- Las étnicas y de casta en la idea del mestizo que, a su vez, en el plano socioeconómico coincide con la de los blancos, especialmente los blancos urbanos y terratenientes que constituían la élite territorial.

Así se establece una especie de ecuación de tres términos: dos explícitos y otro implícito, pero igualmente poderoso como generador de identidad: venezolano = mestizo (= blanco).

El elemento blanco, más que tener una motivación fenotípica (en el sentido de que no se trata de individuos de raza blanca), alude al carácter hispano y occidental, asumido como principal formante o matriz cultural de la “cultura venezolana” o formación cultural venezolana, designación que sería más amplia y conveniente para significar la coexistencia de matrices y tradiciones diversas e incluso divergentes.

El imaginario social de esta identidad remitiría precisamente a esos referentes: una sociedad “blanca”, criolla, falsamente mestiza, con una cultura hispana americanizada mediante sucesivos sincretismos que en realidad fueron producto de múltiples apropiaciones y enajenaciones de recursos culturales indígenas, principalmente, pero también africanos. Estos sincretismos, sin embargo, involucraban matrices culturales desigualmente apreciadas (Biord, 1992). Una visión bastante

sinéctica y acertada de este proceso, ha sido propuesta por Germán Carrera Damas (1988) en su esclarecedor ensayo “De las dificultades de ser criollo”, en el que se subrayan de manera lúcida y clara, los dilemas que enfrentaba el criollo (entiéndase mestizo y blanco) para liderar y consolidar un proyecto de país que ignoraba las dimensiones y complejidades socioculturales de un nuevo país extremadamente diverso. En otras palabras, es el dilema derivado de cómo imponer la visión de país (esto es, tradiciones culturales, lingüísticas, simbólicas, afectivas y racionalidad tecno-económica) de un grupo social que apenas constituía el 27,5% de la población total, según las estimaciones de Agustín Codazzi (1960), como se muestra en la tabla siguiente (N° 2).

Tabla N° 2. Población de Venezuela a finales de la década de 1830 según Codazzi

Categoría	Total	Porcentaje
Indios	221.415	23,42 %
Blancos	260.000	27,50 %
Mestizos	414.151	43,81 %
Esclavos	49.728	5,27 %
<i>Total</i>	945.348	100,00 %

Fuente: Codazzi 1960 I: 243-244

## 1.2. Fase secundaria

Podemos tomar el año de 1883 como inicio de la fase secundaria. En esa década concurren una serie de eventos que permiten suponer el afianzamiento de la fase primera y primaria y el afianzamiento de una ideología nacional, tales eventos serían:

- La construcción del Panteón Nacional en 1876 donde se pone en escena la heroificación de los libertadores. Si vemos a Bolívar como un símbolo, podemos interpretar que su polo físico representado por los

huesos allí enterrados, resulta totalmente opacado por el polo simbólico emblematizado por la posición central de su capilla mortuoria y el boato del monumento. Es el centro desde donde emanan y hacia donde concurren los efluvios del recinto considerado como sagrado altar civil.

- La aparición de *Venezuela heroica*, la gran epopeya venezolana escrita por Eduardo Blanco (cuya primera edición es de 1881 y la segunda ampliada de 1883), libro que divulga una visión no solo depurada sino idealizada de la Independencia como gesta heroica. Con esta obra, capital para entender la construcción de la identidad nacional (e incluso del imaginario que la acompaña), se supera definitivamente la historiografía testimonial de la Independencia y se pasa a otra, influida fundamentalmente, por el “culto desorbitado del héroe”. Los libertadores y próceres dejan de ser soldados de carne y hueso, no exentos de errores y humanas debilidades, para engrosar un concurrido panteón presidido por la figura señorial de Bolívar. *Venezuela heroica* puede ser interpretada como la narración de las escenas representadas en el Panteón Nacional y, viceversa, éste como la expresión plástica de las heroicidades contadas en el libro.

- La celebración del centenario del nacimiento de Bolívar en 1883 con todo el boato guzmancista, que termina de consolidar la figura heroica de Bolívar, proceso iniciado, al menos, en 1842 con el traslado de sus restos mortales a Caracas y la fundación, por el general Rafael Urdaneta, de la Sociedad Boliviana de Caracas para rendirle homenaje a la memoria del Libertador. Aunque no fue exitosa la iniciativa, el hecho de su fundación es sintomático de la veneración a Bolívar que ya empezaba a manifestarse, incluso entre sus otrora adversarios políticos.

- La fundación, en ese mismo año de 1883, de la Academia Venezolana (luego Academia Venezolana de la Lengua), como correspondiente de la Real Española, que ya prefiguraba un cambio con respecto a las actitudes criollas antihispánicas.

- La fundación, cinco años más tarde, en 1888, de la Academia Nacional de la Historia, que prelude un nuevo espíritu nacionalista

signado por la mengua del sentimiento antirrealista que implicaba, al menos, una actitud hispanófoba como reacción necesaria tras la fundación del estado nacional para su establecimiento y justificación ideológica, aunque ello generara sentimientos ambivalentes en los criollos, como ha señalado Carrera Damas (1988); y por el interés de hacer (reescribir, si fuese necesario) la historia, es decir, generar la historiografía republicana.

Con estos eventos puede inferirse que nace un segundo momento en la construcción de la ideología de la identidad nacional, la fase secundaria que, arbitrariamente, podemos datar con un corte en el tiempo, en 1883, dada la significación de Bolívar en la ideología identitaria de Venezuela y su proyección en el siglo XX.

Si la fase primera y primaria empieza en 1830 con la constitución de la Cuarta República y culmina en 1883 con la celebración del centenario del nacimiento de Bolívar y fundación de la Academia Venezolana, la fase secundaria se inicia en esta fecha y se extiende por un siglo. No sería conveniente considerar la fase secundaria como un período relativamente homogéneo. De hecho, como ha sido graficado en la tabla N° 1, se pueden distinguir dos sub-fases: la inicial y la tardía. La inicial llegaría hasta 1948 y la tardía hasta 1983.

Si bien es posible diferenciar diversos momentos no es la intención de este ensayo multiplicar las divisiones temporales ni construir una cronología exhaustiva sino, más bien, ordenar las ideas relativas a la identidad nacional. Tampoco tendría sentido numerar ordinalmente los movimientos que ocurren en las dos subfases. La fase secundaria como la terciaria, engloba diversos desarrollos ideológicos que contribuyeron a construir la identidad nacional.

Considero que el más importante de esos desarrollos es la llanerización de la cultura venezolana (lo cual tiene grandes implicaciones para la constitución de una identidad nacional) y, consecuentemente la des-llanerización de la cultura llanera. Volvamos a la ecuación propuesta: venezolano = mestizo (= blanco) = llanero. Ahora bien, es necesario

precisar que el “mestizo” en la ideología nacionalista es implícitamente asimilado como un “blanco”, de cultura más vinculada a las raíces europeas y supuestamente “occidentales”. Esta llanerización corre pareja o viene a sumarse a cinco falacias sobre la cultura y la identidad venezolanas (Biord, 2004):

- (1º) Venezuela es un país sin racismo.
- (2º) Venezuela es un país sin discriminación.
- (3º) Venezuela es un país sin indios.
- (4º) Venezuela es un país sin problemas étnicos.
- (5º) Venezuela es un país mestizo.

En la precitada ecuación, el término mestizo encierra o engloba las otras falacias. La sexta falacia podría ser que Venezuela es un país llanero. Con la llanerización de la cultura venezolana se asume o identifica lo “venezolano y mestizo” con lo llanero, quizá por ser el Llano el corazón geográfico del país y su cultura representar una alteridad más próxima con las otras y de éstas entre sí.

En Venezuela podrían establecerse, al menos, ocho regiones que en términos generales corresponden a antiguas circunscripciones coloniales:

- (1º) el Zulia (estado Zulia);
- (2º) los Andes (estados Mérida, Táchira y Trujillo),
- (3º) el Occidente (estados Falcón, Lara y Yaracuy),
- (4º) el Llano (estados Barinas, Cojedes, Portuguesa, Guárico y Apure),
- (5º) el Centro (estados Aragua, Carabobo, Miranda, Vargas y Distrito Capital),
- (6º) el Oriente (estados Anzoátegui, Delta Amacuro, Monagas y Sucre),
- (7º) Margarita (estado Nueva Esparta),
- (8º) la Guayana (estados Amazonas y Bolívar).

No se trata de áreas culturales, en la teorización de Steward (1955), sino más bien de regiones sociohistóricas y culturales. Así encontramos que los Andes entran al Llano y éste a Oriente y en menor medida al Centro, así como también el Zulia lo hace ligeramente a los Andes. Estas regiones también en términos generales corresponden a variedades dialectales del español de Venezuela y comparten cada una, en general, una base amerindia común, lo que implica matrices culturales similares. Adicionalmente los procesos sociohistóricos y tecno-económicos que se han vivido allí en la época republicana han sido similares, lo que asegura una mayor cohesión regional que separa o traspasa la mera división político-territorial. Estas regiones, sin embargo, no pueden entenderse como compartimientos estancos y sus fronteras no son isoglosas exactas sino espacios activos de interacción y confluencia.

El Llano, como región intermedia, y lo “llanero” como cultura puente o bisagra, es decir de sincretismos comunes con otras regiones, llegó a emblematizar lo venezolano. Entre otras razones, en las décadas de 1920 y 1930, dos novelas de Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara* y *Cantaclaro*) contribuyeron a darle una proyección “nacional” al Llano y a lo llanero, a afianzar el sentimiento de lo llanero como popular, que venía desde la época de la independencia y la actuación valerosa de llaneros al lado de dos caudillos políticamente contrapuestos (el realista Boves y el patriota Páez) pero identificados con los grupos que comandaban.

El joropo “alma llanera” fue asumida como canción de origen llanero y pasó a considerarse el segundo himno o himno nacional sentimental de Venezuela. La letra de esta canción fue compuesta por Rafael Bolívar Coronado (nativo de Villa de Cura, estado Aragua, en la región central del país) y Pedro Elías Gutiérrez (nativo de La Guaira, estado Vargas, en la zona septentrional de la región central del país). Es decir, “Alma llanera” es una canción de tema llanero, mas no propiamente llanero.

Los trajes “típicos” atribuidos a los llaneros (y reforzados por las danzas nacionalistas), se consideraron también como los trajes típicos

venezolanos por excelencia. Igual ha llegado a ocurrir con la “carne en vara” y la “cachapa”, especialmente con la primera, considerada como comida llanera y, consecuentemente, comida típica venezolana. Lo llanero se confunde entonces con lo venezolano, pero no lo auténticamente llanero, sino una falsa imagen de lo llanero que se impone como supuesta cultura nacional a la vez que se le resta visibilidad a lo propiamente llanero.

Un resultado de la fase secundaria inicial es esta falsa identificación de la cultura y la identidad llaneras, es decir, la llanerización de la cultura venezolana. Esto no solo se convirtió en una falacia más, sino que produjo en la conciencia venezolana una des-llanerización de la cultura y de la identidad llanera, que entre otras consecuencias les ha restado visibilidad social a los llaneros y a lo llanero como expresiones socioculturales. La llanerización de la culturavenezolana implicó que elementos llaneros o atribuidos a la cultura llanera (expresión de la des-llanerización a la que he aludido) se generalizaran como supuestas expresiones de la venezolanidad. Esto sugiere dos interpretaciones, la inexistencia real de una verdadera cultura e identidades nacionales y el carácter ideológico y discursivo de estas construcciones.

Resulta interesante considerar que más allá de los símbolos patrios (la bandera, el escudo y el himno) también existen otros elementos simbólicos. De estos tres, quizá sean la bandera y el escudo los más neutros. En cambio, el himno sugiere un elemento caraqueño o “venezolano” (en el sentido de Provincia de Venezuela en la época colonial) que deja por fuera al resto de las provincias o regiones que forman la República de Venezuela. Los otros elementos o emblemas son la flor nacional (la orquídea), el árbol nacional (el araguaney), el ave nacional (el turpial) y el plato nacional (el pabellón criollo). Si bien, ninguno de estos emblemas es típica ni exclusivamente llaneros, el plato nacional muchas veces es asumido como tal. En cambio, el baile nacional (el joropo) es identificado como genuinamente llanero, a pesar de su gran extensión territorial y de sus expresiones diversas. Igual sucede, como

se ha dicho, con los vestidos tradicionales venezolanos que siempre se identifican con trajes llaneros. Al hablarse de música criolla generalmente se piensa en primer lugar, en la música llanera. La decoración de los restaurantes criollos privilegia elementos llaneros o pseudollaneros. Igual sucede con las llamadas “fiestas llaneras” que se asumen como típicas del país. Estos datos evidencian cuán arraigada está la identificación entre lo venezolano y lo llanero, como construcción identitaria.

La consolidación de lo llanero como imagen emblemática de lo venezolano ocurre precisamente durante la fase secundaria temprana. En ese momento, a partir de la década de 1930 en especial, el país vive una acelerada transformación impulsada por la entonces naciente industria petrolera y la instalación de compañías norteamericanas y de campos petroleros, que constituían una especie de enclaves norteamericanos que irradiaban costumbres y modas. Algunas de las novelas de la época logran presentar un cuadro lo suficientemente vívido de esa situación de intenso cambio social. Basta citar, por ejemplo, *Mene* y *Cassandra* de Ramón Díaz Sánchez, *Sobre la misma tierra* de Rómulo Gallegos y, más tarde, *Oficina N° 1* de Miguel Otero Silva.

Es factible suponer que un país aún no suficientemente integrado que vivía la confrontación del proceso de urbanización, la influencia norteamericana que empezaba a sustituir la francesa y que, de manera adicional, experimentaba una apertura ideológica paulatina tras la muerte de Gómez, recurriera a la imagen intencionalmente construida de lo llanero como emblema de lo nacional. En esto también pudo haber influido de manera determinante la aceleración del proceso de urbanización en la región central del país, que veía cambiada su faz rural y solo encontraría en lo llanero, más próximo geográfica y culturalmente (me refiero en especial al Alto Llano), un reflejo de lo que una vez fueron los predios rurales centrales. Ello tiene especial importancia en virtud del centralismo político imperante en el país.

En cuanto al imaginario social de la identidad resulta interesante que la personificación del “pueblo” o sectores populares (entiéndase

las clases desposeídas que constituían la mayor parte de la población, lo que en otros trabajos he llamado los “pardos”<sup>3</sup> se hizo mediante un personaje llamado Juan Bimba,<sup>4</sup> que se representó vestido a la usanza llanera. Había un sentimiento generalizado de que el llanero podía representar al venezolano de a pie, su sencillez, su picardía, su visión particular del mundo, su apego a los modos de vida rurales en un país que dejaba de ser agrario, impulsado por la renta petrolera. Saltando en el tiempo, ya en la década de 1960, un programa televisivo del género cómico, creado, dirigido e incluso actuado por el cantautor Simón Díaz, llanero de nacimiento, mostraba esta situación. En efecto, “La quinta de Simón” era la historia de una familia que obtuvo dinero con el petróleo y dejó su llano nativo para mudarse a la capital. Ya allí comienzan los dilemas y contradicciones para personas habituadas a vivir en el Llano y tener que adoptar las costumbres urbanas. El programa, en los días iniciales de la televisión en blanco y negro, tuvo mucha aceptación porque hablaba no solo de estereotipos (los campueros) sino también de un pasado personal y familiar entonces reciente para la mayoría de los venezolanos, aunque hoy resulte totalmente anacrónico e incluso estrambótico para la mayoría de los venezolanos. En aquel programa la gente se veía a sí misma, a sus parientes más cercanos, que no muchos años atrás habrían vivido experiencias similares al dejar sus hogares de origen, en predios rurales, para mudarse a la ciudad y adoptar allí costumbres citadinas.

Un suceso cerraría la fase secundaria inicial y a la vez serviría de comienzo, abriría la tardía: llamada Fiesta de la Tradición (Liscano 1988). Se trató de un gran festival folclórico, organizado para celebrar la asunción de Rómulo Gallegos a la presidencia de la República tras haber ganado en diciembre de 1947 las primeras elecciones universales celebradas en Venezuela. Esa fiesta, coordinada por el escritor, poeta y folclorólogo Juan Liscano, apasionado de las ahora llamadas culturas populares, sirvió para mostrar la gran diversidad sociocultural del país y sus manifestaciones musicales, dancísticas y escénicas, en general.

Si bien ese festival celebraba la llegada a la presidencia de uno de los escritores que más había contribuido a afianzar la llanerización de la cultura venezolana y a impregnar de lo llanero la identidad nacional, paradójicamente el deseo de mostrar otras regiones también noveladas por el narrador (como las selvas guayanesas y barloventeñas, y las tierras zulianas) y algunas que no lo fueron, cuestionaba de cierta manera la validez de la ecuación que añadía lo llanero como último término equivalente. ¿Era ciertamente lo venezolano solo mestizo, aunque de preponderancia “blanco” y llanero? ¿O era una construcción ideológica fácilmente cuestionable y desmontable?

Precisamente, en la fase secundaria tardía comenzará el cuestionamiento de esas falsas igualdades. A mediados de la década de 1970, el propio Liscano (1976) se preguntaba si podían considerarse emblemas de la Venezuela de ese momento las costumbres y usos llaneros, e incluso las torres de los pozos petroleros. ¿Habría cambiado el país, también en lo identitario o seguiría atado al pasado reciente? ¿Estaba en las llanuras el asiento principal de las fuentes de la identidad nacional? ¿Era una esencia asumida como llanera en algún momento, o un fluido o combinación y recombinación permanente y versátil de elementos?

Volviendo a los inicios de la fase secundaria tardía es importante considerar que, depuesto el gobierno militar que se extendería por poco más de nueve años, hasta el 23 de enero de 1958, se insistiría en la llanerización de la cultura venezolana. Un ejemplo de ello, es el apoyo gubernamental a la declaratoria hecha por los obispos de Venezuela en 1942 del patronazgo de la Virgen de Coromoto, una advocación llanera (y segunda aparición mariana válidamente reconocida por la iglesia católica en el continente americano) para toda Venezuela, frente a advocaciones con amplio fervor regional (la Chinita en el Zulia, la Divina Pastora en la región occidental y la Virgen del Valle en Margarita y el Oriente).<sup>5</sup> Al lado de este renovado énfasis en la llaneridad de la cultura venezolana, también se desarrolló con gran fuerza un movimiento

indigenista que retoma temas aborígenes y los apropia, en especial, para las artes plásticas. Gran parte del imaginario nacionalista de este período se inspira en el indigenismo y un pintor de excelente dibujo y que gozó de la estima y promoción oficial, Pedro Centeno Vallenilla, figurará un país culturalmente diverso aunque corporalmente cercano a los cánones clásicos de la Antigüedad greco-romana, el Renacimiento y el Neoclasicismo.

Los sucesos políticos vividos en Venezuela entre 1945 y 1948 le dieron mayor visibilidad social a sectores y grupos sociodiversos. Recuérdese que la Constitución de 1947 tenía un artículo referido a los pueblos indios, y que Venezuela se hizo parte de la Convención de Pátzcuaro que estatuyó el Instituto Indigenista Americano y obligaba a la creación de un ente rector de las políticas indigenistas en cada país. Venezuela, al año siguiente, crea la Comisión Indigenista. Poco a poco la diversidad social se empieza a constituir como un objeto de atención de las políticas públicas. De hecho, resulta también significativo que en la revista *Tricolor*, editada para fines escolares por el entonces Ministerio de Educación Nacional y distribuida entre bibliotecas escolares, maestros y estudiantes de primaria, se hiciera énfasis o se le diera cabida, al menos a temas, que tenían que ver con lo indígena, con el mundo rural, la identidad y manifestaciones culturales regionales y populares (entendidos entonces como folclor).

Todo esto empieza a sentar las bases de la conciencia sobre la diversidad del país y facilitaría luego el cuestionamiento de una identidad nacional construida sobre la base del mestizaje como elemento fundamental y excluyente de la identidad imaginada, a la que se le añadía la asunción implícita de lo blanco-europeo-occidental y del componente o formante llanero, según se trata de expresar en la ecuación de igualdades sobre la identidad y la cultura nacionales. Será, pues, en la fase secundaria tardía cuando haga crisis esa ecuación asumida como verdad incontrovertible acerca de la formación sociocultural venezolana. Lo que pudiéramos denominar el complejo de significados del mestizo,

empieza a fracturarse o fisurarse precisamente en la fase secundaria tardía.

### ***1.3. La fase terciaria***

A finales de la década de 1970 se inicia en sectores académicos (entre ellos el denominado Movimiento por la Identidad Nacional, en el que tuvo una destacada actuación el antropólogo Esteban Emilio Mosonyi), una revisión de los conceptos de cultura e identidad nacional.<sup>6</sup> Un rasgo importante de esta época es la creciente visibilidad que van adquiriendo los pueblos indígenas como segmentos sociocultural y lingüísticamente diferenciados dentro del país y, en menor medida, también los grupos afrodescendientes. Paralelamente se van revisando y revitalizando identidades locales y regionales, algunas de éstas expresadas en términos estatales (lo que evidencia, por otra, la consolidación de estas circunscripciones en los contextos regionales ya discutidos). Un síntoma de redefinición de la identidad nacional es el creciente interés social (que se refleja en el incremento de la atención académica a estos aspectos) en la historia local y regional<sup>7</sup> y en el rescate o revitalización de tradiciones, leyendas, usos, costumbres, haceres y saberes. Esto que empieza a tomar fuerza en la década de 1980 constituye un rasgo de la fase terciaria, caracterizada fundamentalmente por la ruptura del paradigma unívoco de la identidad nacional. Este presuponía una sola identidad derivada de la falsa idea de una sola nación (= sociedad culturalmente homogénea) que poseía una sola cultura y hablaba un solo idioma. Esta supuesta identidad unívoca y unitaria se corresponde con lo que Benedict Anderson (1997) llamó “comunidades imaginadas”, que son las racionalizaciones que acompañaron y justificaron el modelo político de los estados nacionales.

Interpreto que el legado fundamental de la fase terciaria se puede dividir en dos aspectos mutuamente relacionados:

Primero, mostrar la diversidad sociocultural y lingüística del país, principalmente mediante la aceptación de hecho de la pluriethnicidad,

el multiculturalismo y el multilingüismo, cuya principal mas no única manifestación son los pueblos indígenas, quizá por constituir formantes o matices culturales primarias y por representar una alteridad extrema con respecto a la cultura “venezolana” o “mestiza”.

Segundo, desvelar la coexistencia de diversas identidades, como las locales y regionales que coexistían con la identidad nacional, e incluso la conformaban y enriquecían sin anularla. En otras palabras, es posible interpretar estas identidades como básicas o próximas, que serían las identidades primarias.

La identidad nacional englobaría esas identidades, aunque no debe ni esencializarse o fijarse de manera rígida como tal o cual cosa, ni entenderse como la simple sumatoria de identidades primarias, como tampoco excluir éstas o ser excluida por ellas. Más bien, como se verá más adelante, la identidad nacional, que puede englobar esas identidades, vendría a ser o podría interpretarse como una identidad intermedia entre las próximas, básicas o primarias, y otras que resultan fascinantes por su importancia intrínseca y por su valor extrínseco(es decir, referido a la posibilidad de formular modelos para la comprensión del solapamiento y articulación dinámica de identidades, en especial aquellas que se constituyen por encima de las identidades intermedias o nacionales). En Venezuela, casos históricos y actuales de rivalidad entre ciudades serían los de Coro y Caracas, Valencia y Caracas, Maracaibo y Caracas, Cumaná y Barcelona, Ciudad Bolívar y Ciudad Guayana, Trujillo y Valera, Calabozo y San Juan de los Morros. El caso de Barcelona y Puerto La Cruz se ha desdibujado por la constitución de la gran conurbación Barcelona-Lecherías-Puerto La Cruz-Guanta (vista así, sería la sexta ciudad en tamaño de Venezuela).

Podemos visualizar que las tres fases de construcción de la ideología de la identidad nacional en Venezuela corresponden a tres procesos —quizá comunes a otros similares— que serían los que podemos ver en la tabla de la siguiente página (N° 3).

Tabla N° 3. Proceso de constitución de la ideología de la identidad nacional venezolana

<i>Fases</i>	<i>Subfases</i>	<i>Duración</i>	<i>Establecimiento</i>	<i>Carácter</i>
<i>primaria</i>		1830-1833		tesis
<i>secundaria</i>	temprana	1883-1948	Consolidación inicial	
	tardía			
<i>terciaria</i>	temprana	1983-2000	Cuestionamiento progresivo	antítesis
	actual	2000-....	Cuestionamiento radical	¿síntesis?

La generalización del proceso, a partir del caso venezolano, y su intento de periodización nos permiten inferir postular tendencias más generales que, a la vez, mostrarían similitud con un proceso dialéctico de formulación de una tesis, oposición de una antítesis y surgimiento de una síntesis que, a su vez cuando esté maduro y consolidado el complejo de significados que le subyace, se tornaría en una nueva tesis. Es de resaltar que la antítesis no se genera en la fase secundaria sino en la terciaria y, como conclusión de ésta, síntesis.

Por supuesto, este modelo así formulado, se enfrenta a la gran limitación de que se trata de un proceso aún no concluido y que podría eventualmente desviarse de la trayectoria aquí prevista. Sin embargo, la evidencia disponible, que no solo se fundamenta en un análisis diacrónico sino que enfrenta también una aproximación sincrónica al fenómeno de la construcción de la identidad nacional, es susceptible de sustentar una visión prospectiva o pronóstico que facilita la inferencia tentativa de una posible “oficialización” de una nueva ideología de la identidad nacional ahora vista como alternativa o, si se quiere, una contra-identidad. En este sentido, resultan significativas las opiniones de algunos constituyentes de 1999 sobre el estatuto indígena incluido en la constitución política elaborada y aprobada en ese año (particularmente

las de Jorge Olavarría, quien las hizo públicas el 26 de noviembre de 1999, y que transmitían su alarma pues tales disposiciones podrían generar una fractura del estado nacional y, por tanto, y esto ya es mi propia inferencia o consecuencia lógica que derivo de su argumentación, un atentado contra la idea de identidad nacional basada, en este caso, en la ecuación de términos ideológicamente igualados) y las reacciones ante la declaratoria contenida en el Preámbulo relativas a una sociedad pluricultural y multiétnica. ¿Serán estos indicios de una crisis en la noción de la identidad nacional?

En el caso de Venezuela, sin embargo, se debe considerar el nacionalismo exacerbado, incluso como ideología de Estado, que han promovido los gobiernos desde 1999, con un exagerado culto a los héroes(a Bolívar y a aquellos otros considerados afines al pensamiento socialista, impulsado por el gobierno, como Simón Rodríguez y, muy especialmente, Ezequiel Zamora, en desmedro de otros como José Antonio Páez, Andrés Bello y José María Vargas, para citar con estos dos últimos a civiles).

La identidad única (“venezolana”) basada en la idea sintética y sincrética del mestizaje como rasgo esencial (y único) de la cultura y la formación social venezolana (con preferencia identificada de manera implícita con sus matices culturales hispanos y occidentales) fue el aporte de la fase primera y primaria. Más tarde sería asimilada al llanero y lo llanero en tanto que construcciones ideológicas o referentes etnográficos imaginados, durante la fase secundaria temprana. Posteriormente esa formulación se consolidaría durante la fase secundaria tardía aunque coetáneamente se desvelarían los rasgos que contribuirían ya en la fase terciaria a replantear de una manera más amplia la identidad, basándose en un referente etnográfico socio y linguodiverso.

Así, de una construcción más o menos estática de la identidad nacional, se pasó en unos 180 años aproximadamente, a una noción más dinámica e inclusiva. Este sería el balance de la ideología de la identidad nacional en Venezuela.

## **2. Los nuevos escenarios mundiales**

Desde finales de la década de 1970, representantes de minorías étnicas y grupos minorizados de todo el mundo cuestionaron la excesiva simplificación que implicaba hablar solo de tres sectores: el primer mundo o países industrializados (hoy Norte), el tercer mundo o países pobres (hoy Sur) y, por oposición a ambos, el segundo mundo u opción socialista. Desde entonces se empezó a utilizar la expresión “cuarto mundo” para aludir a esos grupos étnicos que habían quedado subsumidos en uno o más estados nacionales (el caso de los vascos en España y Francia, o de los gitanos en varios países de Europa, o pueblos amerindios divididos por los límites entre estados latinoamericanos, como los wayuu entre Colombia y Venezuela, o los quechuhablantes entre Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia, principalmente) o los shuar y ashuar entre Ecuador y Perú. Este cuarto mundo sería el germen de un interesante proceso de diversificación sociocultural y lingüístico que se observa en el mundo actual, tras el cese de la Guerra Fría. Dicho proceso es la Particularización o tendencia a enfatizar lo local, lo étnico, lo regional y lo nacional, esto último entendido no en el sentido de los estados nacionales sino de sociedades con recursos culturales e identidad propia.

La Particularización viene a ser el opuesto estructural del gran proceso político-económico y sociocultural de la actualidad que es la Globalización. Sin entrar a discutir si la Globalización es un proceso muy complejo y multilíneal y si realmente responde a grandes intereses y proyectos de dominación de grandes potencias, queda claro que de ella se derivan por sus propias dinámicas económicas, tendencias homogeneizantes basadas en presupuestos como el desarrollo convencional y la apertura del mercado, que atentan contra la socio y biodiversidad del planeta. En todo caso, la Globalización constituye un marco de referencia que no puede obviarse al hablar de identidades en el mundo actual.

Fenómenos subsidiarios de la Globalización serían la constitución de grandes bloques regionales o macrorregiones (como la Unión Europea, por ejemplo, y/o aunque no hayan alcanzado igual cohesión el Mercosur

y la Comunidad Andina de Naciones, al presente fracturada por las diferencias de criterios entre sus miembros, ya separada Venezuela y minimizada la participación de Bolivia y Ecuador), la ampliación de la cobertura de los medios de comunicación e Internet y la consecuente emergencia de nuevas identidades supranacionales algunas y no localizadas otras (como las llamadas tribus digitales o cibernéticas, o grupos de identidades difusas pero símbolos sobreemfatizados, como los góticos y otros grupos de jóvenes) e incluso grupos neohistóricos (neomedievales, neoceltas, neodruidas, etc.) o, siguiendo la terminología propuesta por Darcy Ribeiro, grupos trasplantados por inmigración (turcos en Alemania, asiáticos y latinoamericanos en los Estados Unidos, ecuatorianos y negros subsaharianos en España, comunidades islámicas en países de mayorías cristianas, chinos en muchos países del mundo, etc.). Si nos fijamos en estas características que acompañan a la Globalización, podemos suponer complejidades identitarias de las poblaciones afectadas por estos fenómenos. ¿Conservarán al menos en la primera generación identidades latinoamericanas -y subrayemos el plural aquí- los hijos de inmigrantes establecidos en Norteamérica y Europa? ¿Qué impacto tendrá el que los hispanos se hayan convertido en la primera minoría étnica y lingüística en los EE.UU.? ¿Qué efecto tendrá el que EE.UU. sea actualmente el segundo país con más hispanohablantes, solo superado por México y seguido de cerca por Colombia, con la diferencia de que en estos dos el español es la lengua oficial? ¿Estaremos frente a identidades indecisas como lo consideró Octavio Paz (1984) en *El laberinto de la soledad* al hablar de los mexicanos en los EE.UU., o estaremos frente a un fenómeno no solo de distintas proporciones sino también capaz de generar otras respuestas socioculturales, lingüísticas e identitarias? ¿Qué supone, finalmente, el que millones de personas principalmente en Europa y América sean de doble nacionalidad y tengan dos pasaportes, y a la vez algunos, como en Europa, compartan un solo pasaporte?

Héctor García Canclini ha propuesto la idea de “culturas híbridas”. Cabe preguntarse si en este contexto de Globalización y

Particularización, podríamos hablar de identidades compartidas y si las identidades nacionales seguirán teniendo el papel preponderante que se les asignó durante la vigencia de un orden mundial basado en el modelo de los estados nacionales como forma de organización político-económica y de inserción en el sistema mundial. Probablemente sea allí donde se puedan encontrar las claves para replantearse la cuestión y reevaluar las identidades nacionales.

Asistimos a una lenta transformación de los estados nacionales, evidenciada por el crecimiento y fortalecimiento de las instancias internacionales (sean organismos como la ONU y sus órganos especializados, mecanismos de cooperación multidireccionales tanto Norte-Sur como Norte-Norte y Sur-Sur, o el surgimiento -aún incipiente- de bloques regionales o macrorregiones cuya expresión más acabada es hasta el momento la Unión Europea) y por el robustecimiento de las regiones y formaciones primarias (como los casos de Cataluña y Escocia, dos regiones y probablemente naciones englobadas a su vez dentro de dos países europeos, uno de la zona euro y el otro no, que incluso ésta última se ha planteado la posibilidad de abandonar la Unión Europea para lo cual ha convocado un referéndum consultivo que decidirá el futuro del Reino Unido dentro de la Europa unida; o los casos de minoría étnicas y de grupos minorizados que han obtenido -al menos formalmente- importantes reivindicaciones de sus demandas por los derechos colectivos que históricamente les asisten, como los pueblos amerindios. Esta transformación de los estados nacionales presenta varias características que podrían desdibujar, precisamente, lo que algunos analistas perciben como síntomas de cambio. Entre esas características resaltan la discronía del proceso, la dinámica de aceleración y desaceleración, así como sus avances y retrocesos, también a velocidades diferentes y cambiantes; las formas de transformación que no son unívocas ni unilineales ni sometidas a fórmulas que permitieran predecir en el mediano y largo plazo los cambios que ocurrirían ni sus formas y contornos precisos.

Un caso ilustrativo ocurrió tras la desintegración de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Terminado el yugo del régimen comunista y el dominio ruso sobre las otras repúblicas que conformaba la URSS, cada una trató de afianzar su independencia en procesos que no han sido fáciles ni similares y que guardan relación (como era previsible esperar) con su composición étnica, cultural, religiosa, lingüística y su historia pre-soviética. Compárense los casos de las repúblicas bálticas (Letonia, Lituania y Estonia) con aquellas del Cáucaso?

Un elemento, por demás interesante en todo esto, es que en algunos casos el propio modelo evidencia en sí mismo la falacia de la unicidad en todos los órdenes del estado nacional. Un caso es el de los Estados Unidos de América cuyas dinámicas internas en los próximos años podrían evidenciar fuertes tensiones entre regiones histórica y culturalmente, no tanto absolutamente diversas sino no totalmente homogéneas, como el Este, el Sur, el Sur-este, el Oeste y el Centro. Un vínculo importante en este caso es el idioma, aunque coexistan variedades dialectales marcadas (el sureño, el blackenglish, el californiano, la variedad del Este, entre otros).

Parecería que Globalización y Particularización se implican mutuamente. Por un lado, la Globalización en el campo de los fenómenos identitarios, ha generado no solo nuevas identidades sino nuevas formas de identidad. Muchas de éstas no están necesariamente localizadas ni tienen un centro geográfico (real o simbólico, añorado en algunos casos), ni se construyen en base a criterios de adscripción o incluso pueden ser pasajeros. Sin ánimo de ser ni exhaustivo ni de clasificar esas identidades podemos citar las llamadas tribus urbanas, las comunidades virtuales, los grupos religiosos o de intereses comunes, los partidos políticos, etc. Algunas de estas identidades recuerdan las derivadas de cofradías y grupos de artesanos de la Edad Media. Si bien, se trata de identidades distintas a la ideología de la identidad nacional, en un mundo crecientemente globalizado estas nuevas y no tan nuevas

formas de identidad complementan y se traslapan con las identidades básicas por lo que influyen en la redefinición de identidades intermedias como son las del tipo “nacional”.

La constitución de bloques regionales o macrorregiones, por un lado, y por el otro la Globalización de identidades crean otros niveles identitarios. En el caso de América Latina la identidad derivada de este bloque regional parece tener una gran pertinencia e ilustra un rasgo esencial de las identidades que es la contrastividad frente a otras identidades, especialmente del mismo nivel. Muchos individuos comienzan a tener conciencia de pertenecer a un entorno globalizado, a la vez que son parte o no de otros grupos “nacionales”. ¿Se trata de un nuevo tipo de identidad? ¿Serán fenómenos transitorios no transmisibles socialmente? ¿Qué tipo de identidad tiene un ejecutivo de origen latinoamericano radicado en los EEUU y que de continuo viaja por el mundo? Como se trata de casos individuales quizá no sea generalizable a agregados de personas, incluso migrantes. No obstante, algo parece estar moviéndose en el mundo en el plano de las identidades.

Creo que todos estos ejemplos, tendencias y cuestionamientos nos plantean asuntos de gran trascendencia para ser considerados junto al tema de las identidades nacionales en los nuevos contextos globales. Un aspecto que queda bastante claro es el relativo a la naturaleza ideológica, si se quiere manipulada e impuesta de la identidad nacional, que se corresponde con un país imaginado por sus élites, y que se convierte además en un discurso oficial o verdad incontrovertible.

### **3. *Discusión***

¿Qué papel le corresponde jugar a la identidad nacional en tiempos de Globalización y Particularización? Quizá ésta es la pregunta fundamental para hablar del futuro de la ideología de la identidad nacional en un mundo globalizado. En primer lugar, es necesario enfatizar que los estados nacionales parecerían vivir un proceso de

transformación que podría afectar la forma del estado mismo, su institucionalidad, determinadas políticas públicas y también las maneras de concebir —y reflejar consecuentemente en políticas, planes y proyectos— aspectos como la soberanía, la identidad y sus símbolos, además de otras manifestaciones conexas (como el nacionalismo, la pluriétnicidad, el multiculturalismo y el multilingüismo). Sin embargo, dadas las características de ese proceso de modificación o transformación de los estados nacionales, ya expuestos, sería muy difícil prever las formas resultantes.

En todo caso, es factible suponer que la identidad nacional -como los estados nacionales- será cada vez más un fenómeno intermedio entre otros que le subyacen (como las llamadas identidades básicas o primarias) y otros que le orbitan, como serían las identidades macrorregionales y globales. La idea de la identidad nacional unificada, esencialista, inmutable casi y excluyente de otras muchas, probablemente será sustituida en el mediano plazo por otras nociones acerca de lo que implica y comporta ser no tanto ciudadano de un país sino miembro de su(s) comunidades, es decir, asumir como propias no solo la sociedad a la que se pertenece sino también sus recursos culturales y, consecuentemente, su identidad. La identidad nacional seguirá siendo un producto de los modelos políticos asumidos y quizá pueda deslastrarse de su carácter de “ideología oficial”, impuesta para justificar un modelo político que se basó en la negación a ultranza de la diversidad sociocultural, étnica y lingüística. En el caso venezolano, durante la fase terciaria ya no tendría sentido oponer identidades regionales y, sobre todo étnicas, a la identidad nacional como si fueran excluyentes. No obstante, ese temor siempre ha existido en sectores muy conservadores. Un buen ejemplo de esa visión excluyente es el artículo 126 que cierra el capítulo de la constitución política del país, dedicado a los pueblos indígenas. Allí se dice textualmente:

Los pueblos indígenas como culturas de raíces ancestrales forman parte de la Nación, del Estado y del pueblo venezolano

como único, soberano e indivisible. De conformidad con esta Constitución tienen el deber de salvaguardar la integridad y la soberanía nacional. [/] El término pueblo no podrá interpretarse en esta Constitución en el sentido que se le da en el derecho internacional...

Lo cual es un indicio de esa actitud de recelo hacia otras identidades básicas o primarias que, en rigor, ni se oponen a una identidad intermedia, ni compiten ni buscan sustituirla, debilitarla o destruirla.

En las décadas de 1970 y 1980 en Venezuela se acusó de atentar contra la identidad nacional a quienes apoyaban las reivindicaciones de los pueblos indígenas. Se asumía, falsamente, que las identidades étnicas contradecían y excluían la identidad nacional. Hablar entonces de identidades étnicas resultaba un tanto subversivo, pues el discurso oficial siempre privilegió la falacia del mestizaje y la ecuación, un tanto tautológica, que siempre conducía al mestizaje y al sincretismo. En cierto sentido, el mito fundacional del estado venezolano, como el de otros estados hispanoamericanos, es el del “buen mestizo”. El mestizo, supuesta y en todo falazmente, reuniría las virtudes republicanas. Desde el pensamiento independentista, esta idea viene esbozándose como un dogma republicano y complejizándose en sus racionalizaciones, aunque siempre le subyace la idea del mestizaje como rasgo único y caracterizador del país. Ya en la *Carta de Jamaica*, de 1815, Bolívar insiste:

Nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores (Bolívar, 1948: 96).

La primera persona del plural es ambigua y equívoca en el sentido de que no incluye, como se pudiera pensar, a la totalidad de la

población americana sino que se refiere fundamentalmente a los criollos, equiparados a los mestizos. En ese mismo documento, Bolívar habla de los indígenas y de los esclavos (negros esclavizados) como otros sectores, sin advertir que formaban parte de la misma formación social o haciéndolo de manera poco clara y taxativa. Pero volviendo a las frases citadas, allí se advierten tres elementos muy importantes, la negación de las matrices indias: “nuevo en casi todas las artes y ciencias”; la idea del mestizaje: “somos un pequeño género humano”, y finalmente, la preponderancia del elemento europeo u “occidental”: “en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil”.

Parafraseando lo expresado ya en 1815 en la Carta de Jamaica, en el discurso de Angostura, Bolívar insiste en 1819, en la misma idea: “no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio [sic] nacer, contra la oposición de los invasores” (Bolívar, 1948: 148). Así, pues, el mestizo sería europeo, culturalmente europeo, según ese razonamiento.

Desmontar la falacia del mestizaje resulta en extremo complejo, porque a los términos “mestizo” y “mestizaje” se les atribuyen varios sentidos no siempre suficientemente deslindados ni en los análisis socio-históricos ni en el discurso político:

(1º) La mezcla racial, que es un hecho innegable y una tendencia universal.

(2º) La falacia fundadora del estado nacional venezolano.

(3º) La idea encubridora, derivada de esa falacia, de la diversidad sociocultural del país.

(4º) El sincretismo o mezcla de elementos de la cultura material.

(5º) Formas de resistencia y alianza entre grupos subalternos que al mezclarse empiezan a parecer “mestizos” y no “indios” o “negros” (afrodescendientes) y pueden esconder o disimular sus identidades (no

asignadas de manera exógena sin definida de forma endógena).

Explicada la íntima relación entre mestizaje e ideología de identidad nacional en la versión oficial de esta última, podemos entender que la verdadera identidad intermedia o nacional, pero deslastrada de los prejuicios señalados, tendría al menos las siguientes características que también comparten otros niveles de identidad:

**Contrastividad**, ya que se contrasta con otras similares (venezolano ≠ cubano ≠ haitiano), lo cual se aplica a otros niveles identitarios (andino ≠ llanero ≠ oriental).

**Adaptabilidad**, puesto que las identidades, lejos de tener una existencia táctica, es un complejo de contenidos, símbolos y sentimientos que se conjugan y activan de acuerdo a las circunstancias históricas.

**Maleabilidad**, lo cual se relaciona con la idea de que no es una esencia inmutable y fosilizada en el tiempo sino que cambia con el devenir temporal y también como producto de sucesivas adaptaciones a situaciones coyunturales.

**Intermitencia**, dado que es adaptable y maleable, puede hacerse patente o latente de acuerdo a situaciones concretas y específicas que la afecten, tanto positiva como negativamente, estimulando entonces su expresión o su retracción u ocultamiento táctico y transitorio.

**Manipulabilidad**, característica que se relaciona de manera estrecha con las tres anteriores y que consiste en que puede ser, tanto individual como colectivamente, manipulada como estrategia de sobrevivencia que no debe entenderse como un oportunismo simple y carente de ética, sino más bien como una adhesión a la identidad aun en condiciones adversas para su libre expresión, como les pasó a hebreos y moriscos, por ejemplo, en la España posterior a la expulsión de los judíos y de la toma de Granada, acontecimientos ambos ocurridos en 1492 y que desencadenaron persecuciones étnicas y religiosas.

**Complementariedad** de identidades que, sin excluirse, pueden coexistir y hasta reforzarse recíprocamente.

Esas serían las características principales de la identidad nacional. En tiempos de Globalización y Particularización, muy probablemente veremos activarse de manera dinámica esas características. Es factible que durante la fase terciaria, la ideología de la identidad nacional cambie de manera significativa. No obstante, todavía podríamos estar aún en la subfase inicial o temprana por lo que habría que esperar los desarrollos subsecuentes. Sin embargo, y de manera prospectiva, es posible esperar la consolidación de bloques regionales o macrorregiones que, a su vez, podrían generar eventualmente sentimientos colectivos identitarios.

Estos últimos podrían, en un futuro, convertirse en una nueva propuesta identitaria con lo que quizá se podría iniciar un movimiento dialéctico al constituirse como una ideología identitaria oficial. No necesariamente es dable esperar lo sucedido ya en Venezuela con lo que, ante ese hipotético escenario, habría que denominar la primera identidad nacional, pero tampoco sería descartable que ello ocurriera y que la constitución de esa identidad pasara en líneas generales por procesos similares a los aquí discutidos.

Ejemplo de estos sentimientos serían los derivados de mecanismos de integración como UNASUR, MERCOSUR y la CAN. En consecuencia, se podría hablar al menos, de una identidad latinoamericana y de otra sudamericana. Aunque también coexistan otras posibilidades como Hispanoamérica e Iberoamérica, espacio o bloque que podría adquirir una gran fuerza geopolítica y económica en el futuro mediano.

### **Conclusiones**

He intentado mostrar dos rasgos de la identidad nacional, aplicados al caso venezolano:

(1º) Su naturaleza de ideología, legitimadora de un modelo político, construida en diversas fases que añaden contenidos o

símbolos, o incluso pueden revisar o cuestionar los anteriores y consecuentemente, cómo habría podido desarrollarse a lo largo de la historia republicana desde 1830 en adelante, ligada primero a las figuras estelares de la Independencia mediante versiones testimoniales de la historia político-militar y luego mediante resimbolizaciones sucesivas que buscaron ampliar y fijar el sentido del carácter mestizo del venezolano y sincréticode su cultura y su identidad hasta empezar a ser revisada, ya en la fase terciaria esta construcción. En la actualidad podríamos asistir a la elaboración de una síntesis, apartes de las idas de las fases primaria y secundaria, que tomara en cuenta características más reales o etnográficas de la formación sociocultural venezolana -aunque demasiado teñida en los últimos años de nacionalismo y culto a los héroes.

(2°) los rasgos que asumo como inherentes a una identidad (incluida la nacional e intermedia) y que serían su contrastividad, su adaptabilidad, su maleabilidad, su intermitencia, su manipulabilidad y su complementariedad. Estos rasgos explicarían la posibilidad de coexistencia de una identidad intermedia o falsamente nacional (falsa por no ser unívoca) con otras de menor o mayor, que le subyacen u orbitan a su alrededor, respectivamente, como hemos tratado de señalar en contextos de Globalización y Particularización.

Las ideas aquí expuestas más que conclusiones definitivas o mucho menos, verdades incontrovertibles, son apreciaciones que permiten evaluar y revisar el espectro de significados y símbolos atribuidos a la identidad nacional y a su imaginario. Las presento como hipótesis para avanzar en un tema tan complejo y susceptible de ser abordado desde múltiples y diversos puntos de vista y enfoques disciplinarios. He tratado de privilegiar un abordaje etnohistórico aunque, en lo posible, transdisciplinario. Si tuviera que calificar mi trabajo, para concluirlo así, diría que es una reflexión etnohistórica y etnográfica sobre la identidad nacional y su imaginario a través de las tres fases de su formulación. Si este ensayo tuviera puertas, ventanas y

postigos, quedarían abiertos para su revisión. Como ni techo ni paredes tiene, lo dejo a la intemperie, seguro de que es un tema que (nos) apasiona y convoca, relevante y sobre todo no agotado.

### **Notas:**

- <sup>1</sup> Aunque “Mundialización” sería la designación más adecuada en español para la “Globalización”, podría también tener una carga menos imperialista o hegemónico que este último, por provenir tal vez no del idioma inglés asumido como la lengua “oficial” de la Globalización sino del español. Así, pues, serían sinónimos pero no absolutos. En cambio, “Universalización” sería una mundialización que valore la diversidad sociocultural y lingüística, promueva el diálogo de saberes y haceres y tienda tanto en el discurso como en la praxis a la eliminación de inequidades, discriminaciones y racismo.
- <sup>2</sup> Algunos ejemplos de heroínas venezolanas son, en Venezuela, Luisa Cáceres de Arismendi y Juana la Avanzadora. En Colombia Policarpa Salavarrieta y en México Josefa Ortiz de Domínguez.
- <sup>3</sup> Ver las reflexiones sobre esta materia en Biord Castillo (2004, 2013, en prensa).
- <sup>4</sup> Propuesto por Andrés Eloy Blanco, poeta cumánés y dirigente del partido social demócrata Acción Democrática.
- <sup>5</sup> Ver mis propias reflexiones al respecto (Biord Castillo, 2012).
- <sup>6</sup> Ver las reflexiones de Mosonyi (2012) sobre la identidad nacional.
- <sup>7</sup> Un buen ejemplo de ello es la publicación, por la presidencia de la República, durante el gobierno de Luis Herrera Campins, de las historias regionales de cada entidad federal.

### **Referencias**

- ANDERSON, Benedict. 1997. *Comunidades imaginadas Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, 498) (1ª reimp. de la 1ª ed. en español de la 2ª en inglés).
- BARALT, Rafael María y Ramón DÍAZ. 1975 [1841]. *Resumen de la historia de Venezuela*. 3 vols. Caracas: s.p.i.
- BIORD C., Horacio. 1992. La angustia de ser otro (reflexiones sobre el componente cultural indígena de América Latina). *Anthropos-Venezuela*(Revista del Instituto Superior Salesiano de Filosofía y Educación, Los Teques) N° 25: 71-84.
- BIORD, Horacio. 2004. Multietnicidad, pluriculturalismo y multilingüismo en Venezuela. Implicaciones de la diversidad socio-cultural y lingüística. En José Luis Andrades G. y Mariana Blanco (comp.): *Multiculturalismo, educación e interculturalidad. Memorias*

- del II Seminario Nacional de Interculturalidad*. Caracas: Asociación Venezolana de Educación Católica, pp. 11-70.
- BIORD CASTILLO, Horacio. 2013. Diversidad sociocultural: pensando los retos y posibles aportes de la universidad venezolana. *Conciencia Activa* 21 (Caracas) N° 37, pp. 11-32.
- BIORD CASTILLO, Horacio. en prensa. De la negación a la reafirmación: polarización, diversidad social y entendimientos en Venezuela. Aceptado para publicación en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Universidad Central de Venezuela, Caracas).
- BOLÍVAR, Simón. 1948. *Ideas políticas y militares. 1812-1830*. Buenos Aires: Jackson.
- CARRERA DAMAS, Germán (comp.). 1961. Sobre la historiografía venezolana. En Germán Carrera Damas (comp.): *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela (Ediciones de la Biblioteca, 5; Colección Ciencias Sociales, 4), pp. x - LXXII.
- CARRERA DAMAS, Germán. 1988. *El dominador cautivo. Ensayos sobre la configuración cultural del criollo venezolano*. Caracas: Grijalbo (Testimonios).
- CODAZZI, Agustín. 1960 [1841]. "Resumen de la geografía de Venezuela". En *Obras escogidas*. 2 vols. Caracas: Ministerio de Educación (Biblioteca Venezolana de Cultura). Tomo I: 1-68.
- LEWIS, Bernard. 1984. *La historia. Recordada, rescatada, inventada*. México: Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 282).
- LISCANO, Juan. 1976. Líneas de desarrollo de la cultura venezolana en los últimos cincuenta años. En *Venezuela moderna. Medio siglo de historia. 1926-1976*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, pp. [581]-673.
- [LISCANO, Juan]. 1998 [1948]. *La fiesta de la tradición. 1948. Cantos y danzas de Venezuela*. Caracas: Fundación de Etnomusicología y Folklore (Colección Documentos para el Acervo de la Cultura Popular) (edición conmemorativa).
- MOSONYI, Esteban Emilio. 2012. *Identidad nacional y culturas populares*. Caracas: Fundación para la Cultura y las Artes (Colección Delta, N° 92).
- PAZ, Octavio. 1984. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica y Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas, 27).
- SORIANO de GARCÍA PELAYO, Graciela. 1988. *Venezuela 1810-1830: aspectos desatendidos de dos décadas*. Caracas: Cuadernos Lagovén (Serie Cuatro Repúblicas).
- STEWART, Julian H. 1955. *Teoría y práctica del estudio de áreas*. Washington: Unión Panamericana (Oficina de Ciencias Sociales, Departamento de Asuntos Culturales, Manuales Técnicos, II).



Dibujo proveniente del siglo XIX representando a un llanero venezolano  
(Tomada de: [http://es.wikipedia.org/wiki/Llanero#/media/File:XIX\\_century\\_Llanero\\_-\\_Eloy\\_Palacios.jpg](http://es.wikipedia.org/wiki/Llanero#/media/File:XIX_century_Llanero_-_Eloy_Palacios.jpg)).